

Espagnol
2^e prix – Mme Guillermina Ruiz-Grané

Palabras que nos identifican

No hace tanto, me vi obligado a reconocer algo terrible de mí mismo: uso mucho la palabra *iteración*, más de lo que debería usarla cualquier ser humano. Si tuviera que estimar la cantidad de veces que la digo, apostaría a que el promedio es de cinco por día.

No es que esté orgulloso de eso. Preferiría ser un tipo que se refiere a una *versión* o *edición* o llano *ejemplar* de algo y que no va por la vida diciendo *iteración* una y otra vez. Por desgracia, no es así. Y me enteré del mal que padezco con *iteración* de la manera más abrupta posible. Acababa de empezar a trabajar en la oficina. Un día, pasadas unas pocas semanas, tres colegas distintos con los que trato bastante usaron la palabra *iteración* cada uno por su lado. Cuando la dijo la tercera de ellos, una mujer a quien conocía desde antes de empezar a trabajar allí, la interrumpí a mitad de la oración.

—Espera, espera: ¿acabas de decir *iteración*? ¿Qué pasa que de pronto todo el mundo dice esa palabra aquí? —La respuesta que me dio ella me dejó como si me hubiera caído un diccionario en la cabeza (y no de los compendiados)—. Ponte contento —me contestó enseguida—: esa es una de tus palabras.

Después de negarme rotundamente a admitirlo y de algunas idas y vueltas, salí del trabajo, me fui a casa y le pregunté a mi esposa si había alguna palabra rara que yo usara seguido, de esas que nos identifican.

—¿Como *iteración*, quieres decir? —me preguntó ella sin hacer la menor pausa. Entonces empezaron a salir a borbotones—. También dices *tangencial* todo el tiempo. Ah, ¡y *anticuado* también! Y siempre hablas de *la medida en que* alguien hizo esto o lo otro.

Así siguió. Resulta que tengo afinidad por *anacronismo* y una estrecha conexión con *conocedor*.

Al otro día, para cuando volví al trabajo, ya había aceptado a regañadientes que uso demasiado unas cuantas palabras medio ridículas, y que todos los que me rodean lo sabían. Pero, por otra parte, noté que había cambiado la forma en que hablaba con mis colegas de la oficina. Seguía, como siempre, intercalando *anticuado* en alguna oración o metiendo aquí y allá *la medida en que*, pero con *iteración* hice un esfuerzo consciente y dejé de usarla. Esa palabra era mía, aunque yo no me hubiese dado cuenta hasta el día anterior, y ahora la decía todo el mundo: yo no quería quedar como un imitador cuando usara ese sustantivo que de un día para el otro parecía pertenecerme.

[...]

Pero me niego también a ser una de esas personas que van por la vida robándoles a otros las palabras que los identifican. ¡Qué poca iniciativa! ¡Qué poca originalidad! ¡Qué patetismo! Después de escribir esas últimas oraciones, ¿cuánto me costó pensar en algún caso en que yo hubiera hecho eso mismo que me había enfurecido cuando pasó en la oficina? Nada, la verdad.

Fue hace unos pocos meses. Uno de mis amigos más íntimos suele usar la palabra *magnífico* en sus correos electrónicos. Yo le mando el enlace a alguna jugada extraordinaria de béisbol o algún video estúpido de unas cabras trepadas a un árbol y él me responde, sucintamente, “Magnífico”. O él me manda un artículo por correo y lo precede con “Es magnífica esta historia”. A él le queda bien, de verdad. Y yo, sin saberlo, le arrebaté esa palabra como si nada.

No me había dado cuenta de eso hasta julio, cuando otra amiga respondió a uno de mis correos felicitándome por elegir vocabulario tan fuera de lo común. “Por cierto: muy bueno el uso de *magnífico*”, puso hacia el final de su mensaje. Eso me hizo ir a mirar la carpeta de enviados, tras lo cual confirmé que la palabra se ha vuelto omnipresente en los correos que mando. “Qué palabra antigua”, agregaba mi amiga. “¡Volvamos a ponerla de moda!”